

Isabel la Católica. Aparte de otras dignidades, en 1503 alcanza el obispado de Calahorra. Fallecida la reina Isabel, de cuyo codicilo fue testigo el prelado en 1504, Fernando el Católico le promueve en 1508 al obispado de Segovia, y alcanza el 20 de enero de 1512 la mitra de Sigüenza. Recordemos que el obispado de Sigüenza era entonces muy importante, como refleja el hecho de que el Cardenal de Santa Cruz don Pedro González de Mendoza retuviera tal dignidad hasta su muerte en 1495 -no sólo por razones familiares-. Al gran cardenal Mendoza había sucedido en Sigüenza Bernardino López de Carvajal, también cardenal con título de Santa Cruz; pero fue excomulgado y depuesto de la sede seguntina por el papa Julio II al haber formado parte de un grupo de cardenales cismáticos sublevados contra el pontífice romano. En tales circunstancias se produce el traslado de don Fadrique de Portugal desde la sede de Segovia hasta la de Sigüenza, en la que realizó su personal entrada solemne el 24 de marzo de 1512.

En Sigüenza dejó huella de su presencia, pero el Dr. Cervera estudia aquí el conjunto de la población de Pelegrina, donde también incidió poderosamente el mecenazgo artístico del prelado don Fadrique de Portugal.

Pelegrina, en una eminencia ceñida por el río Dulce, cerca de Sigüenza, pertenecía al señorío de la Mitra seguntina, ejerciendo allí su jurisdicción el obispo y el cabildo.

El estudio de Cervera incluye capítulos sobre el Castillo, el caserío, la iglesia románica y el mecenazgo de don Fadrique de Portugal en la iglesia de Pelegrina.

El castillo, utilizado por los prelados de Sigüenza en sus períodos anuales de descanso, se encuentra arruinado como consecuencia de las destrucciones producidas en 1710, cuando al final de la Guerra de Sucesión las tropas del Archiduque que se retiraban de Castilla incendiaron la fortificación. El abandono y la acción de los franceses en 1811 cuando perseguían a las facciones de Juan Martín «el Empecinado» terminaron de arruinar la fortificación de Pelegrina.

El castillo, defendido por amplia barbacana, vigila a la población que se extiende por la ladera en fuerte declive hacia el río Dulce. El caserío, construido con piedra y madera, reitera el tipo de dos plantas, en tres conjuntos de casas diferenciados por Cervera.

La iglesia románica, dedicada a la Santísima Trinidad, es obra sencilla del siglo XII, a cuya orientación y desviación del eje dedica interesantes páginas Cervera con interpretación simbólica de carácter cristológico. Una serie de aspectos son analizados, como el artesonado policromado y el atrio.—Salvador ANDRÉS ORDAX.

Juan de HERRERA, *Institución de la Academia Real Matemática*, edición y estudios preliminares de José Simón Díaz y Luis Cervera Vera, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1995, 97 páginas y la reproducción del libro original en facsímil.

El tema de las Academias está de actualidad, a lo que ha contribuido el estudio que las dedicó Nikolaus Pevsner. Los Borbones crearon una variada gama de Reales Academias, cuya finalidad y estructura han sido objeto de profundos estudios. Pero interesan los precedentes. Uno sobre todo: la de Matemáticas, instaurada por Felipe II. Se sabía de su existencia y corta vida, pero poco más. De ahí el interés que tiene el libro que comentamos. Se trata de la Academia mandada fundar por Felipe II por inspiración de Juan de Herrera. Un bibliófilo tan experimentado como José Simón Díaz halló en la Biblioteca Mazarino de París un impreso considerado anónimo, pero que al estudiar su contenido llegó a la conclusión indubitable de ser una obra redactada y mandada imprimir por Juan de Herrera, en la que se detalla esta Academia de Matemáticas. Se publica en facsímil, precedida de los estudios básicos de Simón Díaz y Luis Cervera Vera. Son dos estudios precisos y valorativos del texto y de la importancia que entraña la intervención de Juan de Herrera.

La constancia de la existencia de esta Academia de Matemáticas de fundación regia se

comprueba con las citas incidentales que se deslizan en obras importantes y que son mencionadas por Simón Díaz. Es importante acudir a estas citas al no haberse encontrado el privilegio o decreto fundacional de tal instituto. Pero con el refuerzo de lo aportado por esta importantísima obra, se abre la esperanza de que más tarde o más temprano aparezca. Por que en 1584 (año de impresión de la obra de que tratamos) Pedro de Guevara señala que «Vuestra Majestad en sus felicísimos días ha hecho una merced tan señalada en establecer en esta su Corte, una Academia donde se lean todas las Mathematicas y Philosophia, poniendo para ello maestros tan eminentes». Por su parte en la obra de Pedro Ambrosio Onderiz (traductor al castellano de la Perspectiva y Especularia de Euclides) declara el idioma en que se habrían de impartir los conocimientos: el castellano. De ahí la frecuencia de las traducciones desde el latín o el italiano. He de recordar a este propósito el esfuerzo que se hace por parte de tratadistas y arquitectos españoles en traducir los libros originales al castellano, pues de esta manera se haría más fácil el acceso a su contenido. En los inventarios de bienes de las personas cultas figuran siempre diccionarios de palabras, de dos o más lenguas. El manejo de fuentes tan importantes como las de Vitrubio o Euclides exigió su traducción al castellano si se quería ampliar el círculo de lectores, que es tanto como decir de alumnos.

Ginés de Rocamora, en 1599, nos recuerda Simón Díaz da el nombre de varios de profesores de la «Academia real desta Corte», como el Doctor Ferruffino, catedrático «*por Su Majestad*», lo que indica que a diferencia de las Universidades los profesores no se alzaban a la cátedra en virtud de oposición, sino que sus méritos extraordinarios permitían al Rey efectuar un nombramiento directo.

En 1615 Cristóbal Suárez de Figueroa declara en esta Academia «tiene hoy su Cátedra el Doctor Juan Cedillo Díaz, versadísimo en Matemáticas».

Testimonio excepcional aporta Vicente Carducho, el autor de los *Diálogos de la Pintura*. Aparte de intentar él la creación de una Academia de Diseño (es decir de las Artes) en Madrid, menciona el Profesorado de la Academia de Matemáticas y el instrumental científico de que se servía, apuntando con ello a cuestión tan esencial, como los imprescindibles medios mecánicos, sobre todo los relacionados con la ingeniería militar.

Pero no hay que perder de vista la intervención personal de Juan de Herrera, pues se agiganta su figura cuando se considera que además de magno arquitecto fue un gran científico, en el sentido de orientar al monarca hacia la creación de la Academia. Y señala que el brote de su inspiración surgiría en Portugal, cuando en 1581 se halla en este Reino preparando la llegada de Felipe II, como le correspondía por ser aposentador mayor. Y fue en Lisboa cuando se aplicó al estudio de la cartografía lusitana, notando las diferencias que existían con la española, sobre todo en cuanto a las mediciones que separaban lo que pertenecía a cada una de las dos naciones. El precisar esto no era cuestión de diseño, sino de medición científica. El arquitecto-matemático convenció al Rey para que la Academia que debía fundarse en Madrid tuviera por base de la enseñanza en las Matemáticas.

Analiza luego Simón Díaz el valor que tienen las referencias facilitadas por Llaguno, como son las tres cédulas, nombrando Profesores de la Academia de Matemáticas a Labana, Ondériz (para las Matemáticas) y el maestro Georgio para la cartografía. Analiza las circunstancias del hallazgo en París del libro *Institución de la Academia Real Mathematica*. El libro, de breves hojas, es obra de Herrera aunque no se diga en la portada. No era un libro destinado a la venta y por ello en la licencia no hay alusión a la tasa. Se trataba de una obra destinada a la divulgación de lo que se pretendía fuese la Academia de Matemáticas, mencionándose las materias estudiadas y los profesores. Pero fue una Academia de corta existencia, comprendida entre 1582 y 1625.

La participación de Luis Cervera Vera se basa en su conocimiento de Juan de Herrera y de la gran cantidad de documentos que aporta a su biografía y obra. Pero en esta ocasión Cervera tiene la enorme ventaja de haber estudiado el inventario de los bienes de Juan de Herrera, donde consta su librería, que era nutridísima. Gracias al inventario conocemos los autores de los libros y contenido. La parte esencial del breve libro lo constituyen las materias que iban a impartirse (hasta quince) y los libros que se recomendaban para leer, que es el tér-

mino que se elige para denominar a la enseñanza. Explica que el fundamento de la Academia reposaba en que en las Universidades no se enseñaban apenas las Matemáticas, con lo cual se resentían los conocimientos de los licenciados y doctores. Era el primer paso para la creación de las enseñanzas técnicas, basadas en el cálculo y la experimentación. Se parte de las Matemáticas, comprendiendo la Geometría y todas las materias que exigían medidas. Pero estas medidas alcanzaban hasta la Música, ya que un sonido está en función de la longitud de una cuerda. De ahí que el abanico de especialidades comprendía aritméticos, geómetras, músicos, cosmógrafos, pilotos, arquitectos y fortificadores, ingenieros y maquinistas, artilleros, fontaneros, horologigrafos y perspectivistas.

Se menciona que las enseñanzas alcanzaban a la pintura y la escultura, pero en cuanto éstas se hallan también sometidas al cálculo de la perspectiva.

Es el momento, pues, de aquilatar la diferencia que pudo existir entre esta Academia y las Academias *artísticas* o del *diseño*. Pues la más radical es que la enseñanza de la Academia de Matemáticas se basaba en la teoría y el cálculo, con objeto de acercarse lo más posible al conocimiento de la realidad. Y en cambio las Academias del Diseño se basaban en la forma variable del *gusto* y de la sensibilidad. Pero sería innegable reconocer la existencia de puntos de contacto entre ambos tipos de Academias.

Nos hallamos ante un publicación modélica por su objetivo; una obra hallada por un experto que conoce las bibliotecas; el estudio de su contenido por dos figuras eminentes; y su magnífica edición. El pedestal de Juan de Herrera sube considerablemente a partir de este libro.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

Francesca ESPAÑOL BERTRÁN, *Guillem Seguer de Montblanc. Un mestre trescentista escultor, pintor i arquitecte*. Conseil comarcal de La Conca de Barberá. Montblanc, 1994, 178 páginas, 80 ilustraciones.

El arte gótico catalán es objeto en los últimos años de una interesante revisión. El estudio y análisis de aspectos puntuales pone de manifiesto que todavía existe un campo muy rico por explorar y que, a partir de datos aislados, observados desde una nueva perspectiva crítica y relacionados entre sí, es posible ampliar de forma eficaz el conocimiento que se tenía de este período. Destacan especialmente las aportaciones dirigidas a definir individualidades artísticas cuyo conocimiento se reducía a un simple nombre o a escasas noticias dispersas y sin aparente conexión. Este es el caso de Guillem Seguer a quien Francesca Español dedica esta monografía.

El trabajo tiene su punto de partida en la revisión crítica de una serie de datos dados a conocer por la bibliografía local y que aportaban dos aspectos diferentes de su personalidad. Por un lado, desde el siglo XIX existía constancia de su nombre como maestro de obras de la catedral vieja de Lérida según testimonio de una lápida funeraria -ahora desaparecida- que estuvo emplazada en el claustro de dicha catedral y que conmemoraba el traslado de los restos del maestro. Se desconoce la fecha precisa en que estuvo al frente de las obras pero en cualquier caso sería en torno a mediados del siglo XIV, antes del año 1371 en que fueron trasladados sus restos. Por otro, aparecía citado como escultor y pintor en un escaso número de documentos -cuyos originales también se han perdido- que le relacionan, a su vez, con la localidad tarraconense de Montblanc. A partir de ellos se habían hecho algunas atribuciones. En el apéndice documental, la autora transcribe el texto de estas fuentes informativas, que siguen siendo elemento sustancial para situar al artista en el tiempo y en el espacio, al haber desaparecido, en casi su totalidad, la documentación correspondiente a los lugares y a los años en los que Guillem Seguer estuvo activo. En ellas están contenidos los elementos fundamentales para su bosquejo biográfico. Durante un primer período comprendido entre 1341, la fecha conocida más antigua en la que aparece citado, y 1348, residía y recibía encargos en